

Al respecto Fogwill ha definido al aplauso como un

meta-tacto, acto en que el tocar se convierte en sonido significativo. Y no es un signo. No articula nada, no connota. En rigor, ni se sabe lo que significa. Quienes aplauden comunican que sólo están comunicando su expresión.¹⁴

Estos sonidos indefinidos operan como puntos y aparte en el poemario, ese caprichoso inventario de homenajes, celebraciones y moliendas varias de la representación teatral. Desde la anécdota doméstica sobre los niños que los rodean al aplauso budista con una sola mano, la reflexión sobre el aplauso como elemento disruptivo y exclamativo en el esplendor de lo dramático cuestionaba a la propia teatralidad. La parodia, presente en la mención de los “*humanoides actores*”, aparece como la imposibilidad de representar la tragedia de los desaparecidos. En este sentido, Arturo Carrera ha expresado: “El actor que no está es el desaparecido. Esa elipsis tan grande en la historia argentina”.¹⁵

Las palabras se suceden y, por un lado, enredan imágenes públicas de autocomplacencia del régimen cívico-militar: “(Una horda de jugadores de fútbol deberá/aplaudir y una azafata verá anunciar el aplauso con su voz acidulada...)”. Por el otro, reclaman: “RESISTENCIA ... el aplauso / es la memoria contra sí misma”. Y por allí también la tranquila ciudad, el lugar de enunciación, aparece mencionada repetidamente. Es el escenario alejado y de aparente neutralidad que de todos modos, es acechado por las sombras de la violencia y represión:

Cálida atmósfera de pasteles escarchados
sobre los adoquines hiperplásticos de la farm-
city (Coronel Pringles, de civil).
La sombra del vuelo entintado de una pa-
loma que cruza con su aletear suicida
*La sombra rojiza de los perversos de la aldea.*¹⁶

Y otra vez la tensión entre el paisaje cálido del pueblo de campo y la perversidad que todo lo invade. Unos inaudibles aplausos frenéticos, como los gritos acallados por el alto volumen de la radio en las salas de tortura, anteceden los versos finales: “Siniestros perfiles del catafalco de la horca, el picadero eléctrico, la sala de los aplausos ‘duros’ y las convulsiones involuntariamente falaces. (¡¡¡Aplausos!!!)”.¹⁷

¹⁴ FOGWILL 2002: 59.

¹⁵ Entrevista de la autora con Arturo Carrera, Buenos Aires 2005.

¹⁶ CARRERA, LAMBORGHINI 2002: 35.

¹⁷ CARRERA, LAMBORGHINI 2002: 55.